

y marchó sin siquiera formarse idea clara del amor que le había inspirado Katuscha. Creía que el sentimiento que le inspiraba la muchacha, era sólo una parte de aquella inmensa alegría de la vida que ocupaba todo su sér, y al partir, cuando Katuscha, junto con sus tías le seguía desde la galería con sus ojos negros llenos de lágrimas, sintió la impresión de que, en aquel instante, se destrozaba algo bello y sagrado de su vida, algo bello y sagrado que jamás volvería á renacer. Y una tristeza infinita invadió su alma.

—Adiós, Katuscha, gracias de todo,—dijo en voz baja subiendo al coche.

—Adiós, Dimitri Ivanovitch,—respondió ella con su voz melodiosa; y conteniendo con gran esfuerzo las lágrimas que velaban sus ojos, corrió á su cuarto para llorar con entera libertad.

XIII

Transcurrieron tres años antes que Neklindoff viera de nuevo á Katuscha. Cuando la volvió á ver,—iba á saludar á sus tías antes de incorporarse al regimiento de la guardia, de que había sido nombrado teniente,—era ya un hombre hecho, bien distinto del ingenuo muchacho que tres años antes visitara aquellos lugares.

Entonces era leal, desinteresado, presto á sacrificarse para cumplir una buena acción; ahora era un libertino que no pensaba sino en hacer sus gustos. Antes se le aparecía el mundo como un misterio, como un enigma, que

se aprestaba á descifrar con alegre entusiasmo; ahora todo le aparecía claro, sencillo, subordinado á sus exigencias personales. Entonces experimentaba un deseo imperioso de comunicarse con la naturaleza, con los filósofos, con los poetas que habían pensado y vivido antes que él; ahora lo que estimaba necesario eran los amigos, los compañeros, los usos de la sociedad mundana. Entonces la mujer se le antojaba un sér misterioso y atractivo, al que el misterio añadía un encanto más; ahora todas las mujeres, fuera de sus parientas y de las esposas de sus amigos, tenían una significación precisa: ser el instrumento de su placer. Entonces no sentía ningún afán por tener dinero y apenas gastaba la tercera parte del que le asignaba su madre, y renunciaba á la herencia paterna para entregarla á los aldeanos: ahora los mil quinientos rublos que mensualmente le entregaba su madre, no le bastaban, y muchas veces había tenido con ella, á propósito de intereses, disgustos de que le remordía luego la conciencia. Entonces creía que su «yo» era un sér intelectual; ahora imaginaba que su «yo» era un hermoso animal, sano y robusto.

Una transformación tan radical hizo que dejara de creer en sí para creer en los demás; porque tener fe en sí mismo no le parecía muy difícil.

Creyendo en sí, era preciso resolver muchas cuestiones en daño del egoísmo plácido y brutal; creyendo en los otros no había que resolver nada; todo quedaba resuelto en contra del «yo» intelectual y en favor del «yo» material. Además, creyendo en sí se exponía á la reprobación social; creyendo en los demás todos aprobaban y alaban su conducta.

Si Neklindoff leía ó discutía de Dios, de la verdad, de la riqueza ó de la pobreza, los que le rodeaban encontraban irracionales sus discursos, casi ridículos, y la madre y las tías, con ironía amable le llamaban: «Nuestro caro filósofo.» Pero si leía novelas ó contaba anécdotas demasiado libres, ó bien iba al teatro francés y contaba después con

brío las *pochades* que había visto, entonces todos le alababan y animaban. Cuando vivía casto y había decidido llegar así á casarse, sus padres temieron por su salud; y la madre, á quien el solo pensamiento de que pudiese casarse con la Katuscha desesperaba, estuvo contenta al saber que Dimitri había birlado su amante, una francesa, á un amigo. Cuando al ser mayor de edad Neklindoff, firme en sus opiniones de que la propiedad territorial era injusta, había repartido la heredada del padre entre los aldeanos, espantó con su acción á su madre y á sus parientes, y por largo tiempo fué objeto de sus burlas y de su reprobación; no habían cesado de repetirle que, con sus dones, en vez de enriquecer á los aldeanos, les empobreció: éstos, efectivamente, se habían dado por completo á la bebida y renunciado al trabajo.

Pero cuando, entrado en un regimiento de la guardia imperial, y frecuentando la sociedad más aristocrática, empezó á derrochar dinero hasta el punto de que su madre vió mermar su capital, la anciana princesa no lo sintió casi, pues le parecía lógico y bello que gustara todos los placeres de la vida en el seno de una sociedad selecta.

Luchó Neklindoff al principio contra aquella nueva manera de entender la vida; pero la lucha le ofrecía grandes dificultades, porque cuanto para él constituía lo bueno, era reputado de malo por los otros, y viceversa. Así Neklindoff cesó de creer en sí mismo y creyó en los demás. Tal renuncia de su propia personalidad le fué al principio dolorosa; pero bien pronto la olvidó fumando y bebiendo, vicios ambos que le proporcionaron horas de grato solaz. Dado su carácter ardiente se entregó por completo al nuevo sistema de vida, que merecía la universal aprobación, y así ahogó aquella voz imperiosa que reclamaba de él acciones bien diversas.

Tal transformación, empezada al llegar á Petersburgo, se completó al ser admitido en la guardia imperial.

La vida militar pervierte ya por sí misma á los hom-

bres, poniéndolos en un estado de inercia completa, ó por lo menos de ausencia de toda ocupación racional y útil, y, librándolos de los deberes humanos, les impone un simulacro de honor del regimiento y de la bandera, y les da un poder ilimitado sobre muchas personas de una parte, y les obliga por otra á una sumisión de esclavos tan inútil como vergonzosa. Cuando á la perversión general que crea la vida militar, se une la perversión que emana de la riqueza y de la proximidad de la familia del czar, como sucede á la guardia imperial, la unión de esas dos perversiones origina un estado de ánimo, que con razón puede llamarse una verdadera locura de egoísmo.

Sumido en tal locura vivió Neklindoff desde que, entrando en la guardia, llevó igual vida que sus compañeros. Su única ocupación consistía en ponerse un uniforme galoneado, que otras manos cepillaban y pulían, colgar de la cintura una espada que otros limpiaran, montar un fogoso caballo, que habían educado y preparado otros para él, mandar las maniobras á los soldados ó pasarles revista, saltar obstáculos, esgrimir el sable, tirar al blanco, enseñar á los otros aquellos mismos ejercicios.

En derredor suyo había solamente jóvenes y viejos, pertenecientes á las familias más aristocráticas y el emperador mismo con su corte, que no solamente aprobaban sus ocupaciones, sinó que le alababan y se le mostraban reconocidos. Luego los teatros, los bailes, las mujeres. Y al día siguiente nuevos paseos á caballo, saltos de obstáculos, esgrima, las mismas locuras desenfrenadas, y el vino, la murmuración y las mujeres.

Tal género de vida debía ejercer una acción tanto más funesta sobre Neklindoff y sus compañeros, cuanto que el hombre que la lleva sin ser soldado no puede dejar de sentir en el fondo de su conciencia un remordimiento; mientras que el militar tiene la convicción de que cumple con su deber. Se enorgullece de tal género de vida, sobre todo en tiempo de guerra; y este era el caso de Neklindoff.

doff, que entró á servir al principiar la guerra contra los turcos.

—Nosotros,—piensan ellos,—estamos prontos á sacrificarnos, así es que por mucho que nos divertamos no causamos mal á nadie y sería una locura no hacerlo.

Así pensaba Neklindoff también en aquel período de su vida y gozaba al sentirse libre de todos los vínculos morales que se impuso en su primeaa juventud.

En tal estado de locura crónica vivía, cuando tres años después de su encuentro con Katiuscha, volvió á la casa de sus tías.

Neklindoff tenía varios motivos para visitar á sus tías: en primer lugar, su castillo se hallaba en el camino que debía seguir para juntarse á su regimiento; en segundo lugar, las solteronas le habian escrito muchas veces diciéndole que anhelaban verle; y, por último, tenía él muchas ganas de ver de nuevo á Katiuscha. Quizá en lo íntimo de su sér alentaba una intención poco generosa respecto de la muchacha; pero no quería confesársela á sí mismo. Únicamente conveüía en que quería ver de nuevo aquellos sitios en que pasara horas felices con ella, y verla á ella misma y á sus dos tías, un poco regañonas; pero que siempre se manifestaron cariñosas y buenas para con él.

Llegó á fines de Marzo, el viernes santo, con una helada y una lluvia tremendas; así es que al llegar á la pose-

sión estaba calado y tiritando, pero fuerte y lleno de energía como siempre.

—Con tal que aún esté ahí,—pensó mientras atravesaba el patio lleno de nieve que cayera de los techos y miraba aquel edificio que tan familiar le era.

Esperaba que correría á su encuentro al ruido de la campanilla; pero no fué así. En el umbral de la puerta del departamento destinado á la servidumbre, halló á dos criadas con los piés descalzos y remangadas las sayas, que se disponían á limpiar el suelo. Pero Katiuscha no aparecía por ningún lado. Tan sólo vió á Tikon, el antiguo servidor que, provisto de un delantal blanco se aprestaba á dedicarse también á la limpieza.

En la sala encontró á Sofia Ivanovna con un traje de seda y una cofia de punto.

—¡Gracias á Dios que has venido!—dijo besándole.

—María está un poco indispuesta y se ha quedado un ratillo en la iglesia después de la comunión.

—Gracias, tía Sofia,—replicó el mozo besándole la mano.

—Dispensad; os he mojado.

—Ve á mudarte á tu cuarto; estás calado, pobrecillo... ¡Ya tienes bigote! ¡Katiuscha, Katiuscha, el café pronto!

—En seguida,—contestó desde el corredor la voz dulce y melodiosa que tan bien recordaba el príncipe. Su corazón se inundó de alegría. ¡Era ella! ¡Aun estaba allí! Fué como si un rayo de sol apareciera entre las nubes.

Alegremente siguió á Tikon que le condujo á su antiguo cuarto. Quería preguntarle algo de Katiuscha, de la vida que llevaba, si se había prometido. Pero no se atrevió y limitóse á preguntarle por sus sobrinitos, por el viejo caballo, por Polkan el perrazo del guarda. Todos estaban vivos y buenos menos Polkan, que murió de hidrofobia el verano último.

Iba á mudarse el traje cuando oyó pasos conocidos y un

modo de llamar á la puerta que conocía muy bien. Era ella. Se echó la capa sobre los hombros y gritó:

—¡Entrad!

Era ella, Katiuscha; pero aun más mona y alegre que otras veces; siempre eran los mismos ojos negros, la sonrisa ingénuo, el mismo delantal blanco, de una nitidez exquisita. Traía por encargo de sus tías una pastilla de jabón perfumado y dos tohallas; una fina de tela, otra esponjosa. El jabón apenas salido de la caja, las tohallas, ella misma, todo era lindo, fresco, intacto é inspiraba alegría, admiración. Los labios frescos y rojos de la muchacha se contraían para no dejar escapar una sonrisa de alegría, como cuando estaba en su presencia años antes.

—Bienvenido, Dimitri Ivanovitch,—dijo con timidez y una oleada de rubor coloreó sus mejillas.

—Buenos días... ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis?—No sabía si tratarla de tú ó de usted y sentía que él mismo se ruborizaba.

—Gracias. La tía me ha dicho que os trajera ese jabón de rosa que tanto os gusta,—dijo poniendo la pastilla sobre la mesa y las tohallas en el brazo de un sillón.

—Dimitri Ivanovitch tiene su jabón,—contestó gravemente Tikon, indicando con la mano un neceser de cuero rojo con adornos y cierre de plata.

—Dad gracias á mi tía. ¡Cuán contento estoy de haber venido!—añadió luego, y sintió después que su alma se inundaba de la dulzura y de la serenidad gustada otras veces.

Por toda respuesta, la muchacha sonrió y salió del cuarto.

Las dos solteronas que siempre habían adorado á Neklindoff, acogieron á éste con inmensa alegría. Dimitri iba á la guerra y en ella podía quedar herido ó muerto, y este pensamiento las conmovía.

Neklindoff había ido con la intención de pasar únicamente un día; pero la vista de Katiuscha modificó su plan

y telegrafió á su amigo Schecubok que fuera á buscarle en vez de esperarle en Odesa como habían quedado. Faltaban dos días para la Pascua; los pasaría en la antigua casa. Desde el primer instante Katiuscha le inspiró el mismo afecto que en otro tiempo; como antes no podía verla sin una profunda emoción; con vivísima alegría escuchaba su voz, su risa, sus pasos; le turbaba la mirada de sus negros ojos sonrientes; se confundía al ver que se ruborizaba. Comprendía que estaba enamorado; pero no como en el tiempo en que creía que no se puede amar sino una vez; ahora amaba, sabía amar, gozaba íntimamente; pero sabía en qué consistía su amor y cual sería probablemente su término.

Como en casi todos los hombres, había en Neklindoff dos naturalezas bien distintas; una que gozaba haciendo el bien aun á costa de propios sacrificios; otra brutal, egoísta, sin freno, capaz de sacrificar á su placer la humanidad entera. En su estancia en Petersburgo, el bruto había dominado; ahora que á la vista de Katiuscha se despertaban los sentimientos de otro tiempo, el hombre moral levantaba la cabeza, reclamaba sus derechos. Durante dos días se trabó reñida batalla en su interior, casi sin darse cuenta de ello. Neklindoff sentía íntimamente que debía partir, que no había ningún motivo justificado para prolongar su estancia; pero experimentaba una felicidad tan grande, un bienestar tan hondo, que ahogaba la voz del deber y no partía.

La víspera de Pascua, el pope y el diácono llegaron en trineo para bendecir los panes según costumbre. Con gran trabajo habían salvado las tres verstas de camino que median de la iglesia al castillo para celebrar la misa de media noche. Neklindoff asistió con las tías y la servidumbre á la ceremonia; pero no podía apartar los ojos de Katiuscha que tenía el incensario.

Cambiados tres besos con el pope y con sus tías, Neklindoff iba á entrar en su cuarto, cuando en el corredor oyó la

voz de María Paulovna, la vieja camarera, que se preparaba á ir á la iglesia con Katuscha, para asistir á la bendición de los panes.

—También iré yo,—pensó.

El estado del camino hacía imposible ir en coche ó en trineo; pero Neklindoff que en casa de sus tías estaba como en la propia, dió orden de ensillar el viejo caballo, se puso su uniforme de gala, se echó una capa sobre los hombros y en aquel rocín tan gordo y de pesado paso, fué á la iglesia, desafiando nieve y barro.

XV

Aquella misa de media noche debía quedar en la memoria de Neklindoff como uno de los más suaves é indelibles recuerdos.

Cuando, después de una larga caminata por entre las tinieblas que sólo de cuando en cuando se iluminaban con la blancura de la nieve, llegó al atrio de la iglesia, la ceremonia había ya empezado.

Había gran número de fieles. A la derecha estaban los aldeanos; ancianos con los trajes cosidos por sus propias manos, envueltas y apretadas las piernas por tiras de lienzo blanquísimo; jóvenes vestidos de paño nuevo, con fa-

jas de vivos colores en la cintura y botas altas. A la izquierda las aldeanas con pañuelos de seda roja en la cabeza, corpiños de terciopelo con mangas rojas y sayas verdes, azules, encarnadas, escocesas, con zapatos nuevos; las viejas se habían colocado modestamente al fondo, con sus pañolitos blancos y sus sayas grises; entre ellas muchachos con los trapitos de cristianar y los cabellos llenos de pomada.

Los hombres se perisgnaban muchas veces; las mujeres y en especial las ancianas, fijaban sus ojos descoloridos en el *icono* rodeado de cirios ardiendo, se daban golpes en la frente, en el pecho y el vientre con todos los dedos reunidos y murmurando una plegaria en voz baja, tan pronto se inclinaban hacia adelante con reverente conformación como se dejaban caer de rodillas. Los niños imitaban á los mayores y su plegaria era más fervorosa cuando sentían pesar sobre ellos la mirada de sus padres.

El *iconostass* (1) resplandecía como un ascua de oro, á la luz de innumerables cirios y de un gran candelabro. De los dos coros que acompañaban los rezos, surgía un canto alegre y con los mugidos de los bajos se confundían las notas agudísimas de los niños.

Neklindoff pasó adelante y fué al centro de la iglesia donde estaba la aristocracia. Había allí un propietario con la mujer y el niño vestido de marinero, un *stanovoi*, un empleado de telégrafos, un mercader con altas botas y el *starosta* (2) con su medalla. Detrás de la mujer del propietario estaba María Paulovna con un traje de tornasol lila y Katuscha con un vestido blanco, un cinturón azul y un lazo rojo en su pelo negro.

Todo era bello, alegre, solemne, el pope que llevaba el manto de plata salpicado de áureas cruces; el sacristán con

(1) Altar cuajado de imágenes sacras.

(2) Hombre elegido por los aldeanos para cuidar de los intereses de la iglesia.

la estola recamada de oro y plata, el canto alegre de los coros, el gesto con que el pope levantaba el candelabro de tres brazos bendiciendo á los asistentes, y el modo como estos le interrumpían á cada instante, diciendo: «¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!» Todo era bello; pero más bella que todo Katuscha con su traje blanco, y el cinturón azul y el lazo rojo entre las negras trenzas y los ojos que le centelleaban de alegría.

Neklindoff estaba seguro de que sin volverse le veía, y tuvo una prueba de ello cuando al pasar por su lado para aproximarse al altar, le susurró:

—La tía ha dicho que habrá cena después de la segunda misa.

La joven sintió subir la sangre al rostro, como siempre que veía á Neklindoff, y sonriente y feliz repuso fijando sus ojos negros en los suyos:

—Ya lo sé.

En aquel instante el sacristán, que pasaba entre los fieles recogiendo limosnas, llegó junto á Katuscha y, sin verla la tocó con la estola; evidentemente lo hizo no queriendo molestar á Neklindoff tropezando con él; pero el príncipe quedó maravillado. ¿Cómo no comprendía aquel hombre que cuanto había en la iglesia y fuera de ella, y en el mundo entero, sólo existía para Katuscha; que todo podía hundirse y desaparecer menos ella que formaba el centro del Universo? Por ella brillaba el oro en los altares, por ella sola ardían los cirios en los candelabros, por ella sola ascendían hacia las altas bóvedas aquellos cantos de regocijo. «¡Es la Pascua del Señor! ¡Alegraos, hombres!» Todo cuanto de bueno y de bello existía, era exclusivamente para ella. Y Katuscha debía comprenderlo; así lo creía él en tanto que contemplaba aquella figura esbelta bajo del vestido blanco; y la expresión de alegría que se revelaba bajo el rostro sericito de la muchacha, bien claro decía que los sentimientos de ella no diferían del estado de ánimo de Neklindoff.

Durante el intervalo que medió entre la primera y la segunda misa, Neklindoff salió de la iglesia. La multitud se abría á su paso y lo saludaba reverentemente: algunos le reconocían; otros preguntaban: «¿Quién es?»

Bajo el atrio los mendigos le rodearon: les distribuyó las monedas que llevaba en el bolsillo y bajó las gradas.

Las tinieblas se habían aclarado un poquillo; pero no aparecía aún el sol. La multitud que salía al patio se sentaba sobre las tumbas; pero Katuscha tardaba en aparecer. Neklindoff se detuvo para esperarla, en tanto que la muchedumbre continuaba saliendo y que el suelo resonaba bajo los herrados zapatonos de los aldeanos. Un viejo tembloroso, cocinero de María Ivanovna, detuvo á Neklindoff y le besó tres veces; luego su mujer, una viejecilla arrugada, sacó de un pañuelo un huevo pintado (1) de amarillo y se lo ofreció. Detrás de ellos se aproximó sonriendo un aldeano joven y membrudo con una blusa nueva y una faja verde.

—¡Cristo ha resucitado!—exclamó alegremente y aproximándose á Neklindoff le besó tres veces en plena boca, raspándole y punzándole con su barba dura é impregnándole de su olor de aldeano.

En tanto que Neklindoff le devolvía los besos y aceptaba de él un huevo rojo obscuro, apareció el traje tornasolado de María Paulovna y la adorada cabecita negra con el lazo rojo. Katuscha lo vió en seguida entre la multitud, y su rostro brilló de alegría. Se paró un instante con María Paulovna para dar limosna á los pobres. Uno de estos, un desdichado que tenía la nariz roída por una llaga asquerosa, se acercó á ella. Katuscha buscó algunas monedas, se las dió y luego, sin el más leve signo de repugnancia, cambió con él los tres besos. Su mirada encontró la de Neklindoff y pareció preguntarle:

(1) Es costumbre del pueblo ruso regalar huevos pintados y besarse tres veces el día de Pascua.

—¿Hago bien en besar á este infeliz?

—¡Oh, sí, adorada mía!—pareció responderle él—haces bien; todo eso es hermoso, y yo te amo.

Las dos mujeres bajaron las gradas y Neklindoff se aproximó á ellas. No tenía intención de felicitarles las buenas pascuas; pero anhelaba estar cerca de ellas.

—Cristo ha resucitado,—dijo María Paulovna, y después de enjugarse los labios besó al joven.

—Es verdad, El ha resucitado,—replicó Neklindoff devolviendo los besos. Luego echó una mirada á Katiusha que se ruborizó y se acercó.

—Cristo ha resucitado, Dimitri Ivanovitch.

—En verdad, ha resucitado.

Se besaron dos veces; después se pararon, como preguntándose si los besos debían ser tres; de repente se decidieron, se besaron por tercera vez y sonrieron,

—¿No volvéis á la iglesia?

—No, Dimitri Ivanovitch,—replicó la muchacha, respirando á plenos pulmones como después de una fatiga agradable y mirándolo con ojos obedientes, puros y enamorados.

Cuando un hombre y una mujer se aman, llega siempre un momento en que el amor asciende á tal altura, que no tiene nada de cálculo ni de sensualidad y las dos almas se confunden en una sola. Este era el momento que Neklindoff había conocido en aquella hora de Pascua.

Ahora, sentado en la sala de los jurados, en tanto que su pensamiento evocaba todas las circunstancias de sus relaciones con Katiusha, sólo aquel momento resurgía claro, borrando todo lo demás; una cabecita negra con un lazo rojo, peinada con esmero, un traje blanco, plegado en el corpiño; los costados y la cintura esbeltos, un pecho apenas formado, aquel rubor, aquellos ojos negros radiantes, aquella expresión de pureza y de un amor profundo é inocente, no sólo para él sino para todo lo bueno y lo bello, más aún, para todo lo creado, como lo probaban los besos

dados al mendigo. Aquella noche había sentido en su alma un amor sin límites, porque lo había sentido en sí mismo, y le parecía que la muchacha formaba con él un solo sér.

¡Oh, si todo hubiese podido determinar en aquel instante, en aquel sentimiento experimentado en la iglesia y en el atrio! Pero no; ¡detrás de aquello venía lo triste y doloroso que pasó entre ellos!

Tales eran los pensamientos que ocupaban su mente, en tanto que, sentado junto á la ventana, estaba en la sala del Jurado.

XVI

De vuelta de la iglesia Neklindoff cenó con sus tías y para «tomar fuerzas» según la costumbre del regimiento, bebió mucho vino y aguardiente. Luego subió á su cuarto y vestido como estaba se echó sobre la cama y no tardó en dormirse. Un ligero golpe dado en la puerta lo despertó: comprendió que era ella y se puso en pie restragándose los ojos.

—¿Eres tú, Katiusha? Entra.

Abrió un poco la puerta.

—La colación esta dispuesta,—dijo, radiante de alegría

como si se tratara de un gran acontecimiento. Llevaba aún el vestido blanco; pero se había quitado el lazo rojo del pelo.

—Voy en seguida—contestó, tomando un peine.

Ella se paró un momento; Neklindoff lo advirtió y dió un paso hacia ella; pero en el mismo instante giró la muchacha sobre sus talones y se marchó con su paso ligero y menudo.

—¡Qué torpe he sido en no detenerla!—pensó Neklindoff, y salió corriendo para alcanzarla.

No sabía lo que quería; pero una voz misteriosa le decía que debiera haber hecho lo que hacen los otros hombres en casos parecidos.

—Katuscha, espera—gritó.

La muchacha se volvió.

—¿Qué queréis?—preguntó deteniéndose.

—Nada... sin embargo...—y con un esfuerzo sobre sí mismo, le pasó un brazo por la cintura. Ella le miró en los ojos.

—No está bien eso, no está bien, Dimitri Ivanovitch,—dijo ruborizándose casi hasta llorar; y con su mano fuerte se zafó del abrazo.

Neklindoff la soltó y durante un instante sintió vergüenza y asco de sí mismo, pero después pensó que estaba haciendo un papel ridículo. Corrió hacia ella y la besó en el cuello.

Aquel beso era muy distinto de aquel otro ingenuo é inconveniente dado junto á la mata de lilas, y de los que cambiara horas antes felicitando la Pascua. Este tenía algo terrible y Katuscha lo comprendió.

—¡Qué hacéis!...—exclamó con voz dolorida como si Neklindoff hubiese roto en ella algo de infinitamente precioso, y huyó corriendo.

Neklindoff entró en el comedor. Las tías, el médico y una vecina comían los entremeses. No ocurría nada extraordinario y, sin embargo, Neklindoff no sabía lo que se

hacía, contestaba al revés. No pensaba sino en Katuscha, en el sabor de aquel último beso. No podía pensar en nada más. Cuando entró la muchacha, todo su sér le reveló su presencia y tuvo que hacer un grande esfuerzo para dominarse y no mirarla.

Terminado el almuerzo, pasó á su cuarto y presa de una emoción vivísima estuvo mucho rato espiondo todos los rumores para ver si le traían el de sus pasos. El instinto del bruto que vivía en él había resucitado, y aniquilado por completo al hombre bueno y moral que había sido Neklindoff tres años antes y aquella misma noche en la iglesia; ahora triunfaba el animal y dominaba todo su sér.

Aun cuando espionaba á la muchacha, no consiguió verla una vez á solas. Evidentemente ella evitaba el caso. Pero por la tarde, Katuscha tuvo que entrar en el cuarto contiguo al del príncipe: el médico se quedaba aquella noche y la muchacha debía arreglarle la cama. Neklindoff oyó sus pasos y en seguida, aguantando el aliento y caminando de puntillas como quien va á perpetrar un crimen, fuése detrás de ella.

Teniendo abierta con las manos una funda de tela, se preparaba á introducir la almohada. Se volvió y sonrió; pero no era la sonrisa acostumbrada, alegre y confiada, sino otra lamentable y asustada, como si quisiera advertirle que lo que iba á hacer era malo. Durante un instante Neklindoff se detuvo. Aún podía luchar; por última vez oyó débilmente la voz de su verdadero amor que le hablaba de la muchacha, de sus sentimientos, de lo que sería su vida; pero otra voz repetía: «Mira que dejas escapar «tu» placer, «tu» felicidad. Y aquella segunda voz sofocó la primera.

Resueltamente se acercó á la joven y con un ímpetu bestial é irresistible se apoderó de ella. Abrazándola estrechamente la hizo sentar sobre la cama y, sintiendo que aún debía hacer más, se le sentó al lado.

—Dimitri Ivanovitch... por caridad... os lo ruego... de-

jadme,—decía con voz lastimera.—Mirad que viene María Paulovna,—añadió luego, soltándose bruscamente.

—Bien; escucha. Esta noche iré á tu cuarto: ¿estarás sola?

—¿Qué decís?... no por caridad... no,—balbuceó; pero la agitación de todo su sér conmovido desmentía sus palabras.

María Paulovna entró en la habitación con una colcha en el brazo y mientras reñía á Katuscha porque se había olvidado de las sábanas, lanzó una ojeada de reprobación al joven.

Neklindoff salió del cuarto sin proferir una palabra. Había comprendido por la expresión de su rostro que María Paulovna le acusaba, sabía que tenía razón y que era una fea acción lo que meditaba; pero no se avergonzaba siquiera. El instinto brutal que ocupara el sitio del amor de Katuscha no le permitía razonar. Quería satisfacción á toda costa. Ya sabía lo que debía hacer para dársela y buscaba los medios.

Durante toda la velada estuvo inquieto. Tan pronto en la sala, como en su cuarto, como en el balcón, trataba de verla; pero Katuscha lo evitaba y María Paulovna, que había comprendido, la vigilaba sin cesar.

XVII

De esta manera llegó la noche. Fué á dormir el médico, y las solteronas se retiraron. Neklindoff sabía que María Paulovna estaba en el cuarto de sus tías para ayudarlas á

desnudarse y que Katuscha estaba sola en la sala de la servidumbre.

Salió al aire libre. La noche era húmeda, templada, el aire estaba impregnado de aquella niebla blanquecina que produce la nieve al fundirse; del río, muy cercano, llegaba un rumor sordo: era el crugido del hielo al romperse.

A grandes pasos, salvando las charcas de barro y de nieve, Neklindoff se acercó á la ventana, desde donde podía mirar á la habitación de la servidumbre. El corazón le latía tan fuertemente que hubiera podido contar sus latidos y la respiración le era penosa.

La pálida luz de una lámpara iluminaba el cuarto. Katuscha estaba sola, sentada junto á una mesa, pensativa, con la mirada perdida en el vacío; Neklindoff permanecía observándola como para adivinar su pensamiento. La muchacha continuó inmóvil durante unos minutos, luego alzó los ojos, sonrió, movió la cabeza como reprobándose, con un movimiento brusco apoyó las manos sobre la mesa y de nuevo fijó la mirada en el vacío. El la contemplaba y, sin quererlo, escuchaba el rumor que venía del río, aquel crugir continuo, aquel rozar de unas masas contra otras, aquellos chasquidos estridentes que en conjunto formaban un ruido continuo, como el de la leña verde que crepita en el fuego y el cristal que se rompe al tocar el suelo.

Contemplando aquel rostro pensativo, atormentado por un trabajo interno, sintió una gran piedad; pero cosa extraña, aquella piedad acreció su deseo.

Llamó discretamente á los cristales. Katuscha se estremeció como tocada por una corriente eléctrica y un terror súbito apareció en su rostro; luego se puso en pie y acercándose á la ventana, apoyó la frente contra los cristales. Le reconoció; pero ni aún entonces desapareció la expresión de terror de su cara, que permaneció seria como jamás la había visto el príncipe. Este sonrió y ella hizo lo propio, pero su sonrisa era triste y provenía de un alma

llena de mortal espanto. Con la mano le indicó que saliera para reunirse con él; pero la muchacha movió la cabeza y no se apartó de la ventana; él acercó la boca á los cristales para decirle que saliese; pero Katuscha se volvió hacia la puerta como si alguien la hubiese llamado.

Neklindoff se alejó de la ventana; la niebla era tan espesa que á cinco pasos no se distinguía sino una masa sombría de la que salía un resplandor rojizo. En el río persistía el mismo rumor del hielo quebrándose, el crujir continuo. De súbito, entre la niebla un gallo cantó en el patio; otro le contestó; luego otros más lejanos en la campiña dejaron oír su grito alternando hasta que todos se confundieron en uno solo. Alrededor reinaba un silencio religioso, únicamente turbado por el rumor del río.

Neklindoff anduvo un rato de aquí para allá metiéndose en los barrizales y luego volvió á la ventana. La lámpara ardía aún. Katuscha estaba de pie junto á la mesa, incierta, vacilante. El llamó y ella sin mirar quien llamaba, salió corriendo del cuarto; luego Neklindoff oyó que la puerta se abría y cerraba con violencia. Esperaba con impaciencia, y, de repente, sin hablar, la estrechó entre sus brazos; Katuscha se apretó contra él, levantó la cabeza y sus labios hallaron los labios que buscaban. Así, de pie en el ángulo de la casa estrechamente abrazados, sentía él crecer el ansia de su deseo; cuando de pronto la puerta chirrió y se oyó la voz rabiosa de Paulovna:—¡Katuschal!

Esta se apartó de sus brazos y entró corriendo en la casa. Neklindoff oyó correrse un cerrojo; se apagó el resplandor rojizo y todo quedó en silencio. La niebla era cada vez más espesa, y del río llegaba el rumor del hielo que se desgarraba.

Se acercó á la ventana, pero no vió nada; llamó pero no obtuvo respuesta; entonces volvió á la casa y subió á su cuarto sin acostarse. Pasado un rato se quitó las botas y descalzo salió al corredor y anduvo con cautela hasta la puerta de Katuscha que estaba muy cerca del cuarto de

Maria Paulovna. Oyó el respirar tranquilo y mesurado de ésta y ya estaba á punto de llamar á la puerta de la joven cuando oyó que la anciana tosía y se revolvía en la cama. Neklindoff contuvo la respiración.

Pasaron unos minutos y después se oyó de nuevo la respiración de la vieja camarera. De puntillas, para no hacer ningún ruido se acercó entonces á la puerta de la joven: todo estaba tranquilo; pero la muchacha no dormía pues no se la oía respirar. Efectivamente, apenas hubo murmurado:—¡Katuscha!— se puso en pie y detrás de la puerta, con voz quejumbrosa, le rogó que se marchara.

—¿Qué hacéis?... Es imposible... ¿Y las señoras?...—balbuceaban sus labios; pero todo su sér parecía exclamar:— ¡Soy tuya; toda tuya!...

Esto fué lo que oyó Neklindoff.

—¡Te lo ruego... un solo instante... ábremel... un momento solo... te lo suplico...—murmuraba en el delirio de su pasión.

Un momento de silencio. Después sintió que una mano tocaba la cerradura; cedió la puerta; Neklindoff entró.

—¡Ahl ¿qué hacéis? ¡dejadme!—balbuceó Katuscha.

El la había abrazado y estrechándola así, en camisa la llevaba hacia adentro.

—¡No, no!... Está mal... ¿qué hacéis?... Dejadme...—proseguía la joven; pero se estrechaba más y más contra él.

*
**

Quando ella, temblorosa y muda, sin contestar á sus palabras, le dejó, salió Neklindoff al aire libre. La noche se aclaraba, á lo lejos aumentaba el crujir del deshielo; ahora se oía claramente saltar y correr el agua rebullendo. La

niebla empezaba á disiparse y tras de ella apareció el arco pálido de la luna que iluminó con una luz triste algo pa- voroso. Neklindoff se esforzaba en darse cuenta clara de la importancia de lo que había sucedido.

—¿Qué ha sido, pues? ¿Un gran bien, un gran mal? Todos hacen lo mismo al fin y al cabo,—se dijo á guisa de resumen, y ya con el ánimo tranquilo volvió á su cuarto se acostó y durmió.

XVIII

Al día siguiente llegó Schembok, el amigo de Neklindoff, que era un joven alegre y decididor. Con su generosidad, con sus arranques, con su amabilidad, y con la afección que demostraba á Neklindoff, se captó en seguida las simpatías de las dos solteras, que tan sólo se asustaban de su generosidad excesiva. Había dado un rublo á un mendigo ciego, después regaló quince como propina á los criados, y habiéndose lastimado una pata el falderillo de Sofía Ivanovna, Sissetka, le vendó la herida desgarrando para ello un pañuelo de finísima tela que usaba. Las buenas señoras no habían visto nunca nada parecido: verdad es que ignoraban que teniendo Schembok más de doscientos mil rublos de deudas, y sabiendo que jamás podría pa-

garlos, no le importaba nada veinte rublos más ó menos.

Schembok se detuvo un día y á la noche siguiente partió con Neklindoff. No era posible detenerse más porque aquel día era el último de su licencia.

Durante todo aquel día lucharon sin tregua dos opuestos sentimientos en el alma de Neklindoff. Vibraban aún en él los recuerdos de la noche, los recuerdos agudos y sensuales de aquella voluptuosidad, de la cual no obtuvo sin embargo, todo el placer que se prometiera, y le enorgullecía haber conseguido su propósito. Pero, por otra parte, tenía la íntima conciencia de haber obrado mal y de que era preciso reparar este mal, no tanto por Katiuscha como por sí mismo: porque en un ciego egoísmo, Neklindoff no pensaba sino en sí. ¿Cómo juzgaría el mundo su acción? ¿Hasta qué punto le acusaría? Pero el pensamiento del estado de ánimo de Katiuscha, lo que á ésta pudiera ocurrir, no le preocupaba lo más mínimo.

Advirtió además, que Schembok había adivinado sus relaciones con Katiuscha, y esto lisonjeaba grandemente su amor propio.

—Ahora comprendo perfectamente tu amor por tus tías,—dijo riendo el muchacho.—No es extraño que te hayas detenido aquí. Yo en tu lugar hubiese procurado alargar la licencia. Tienes razón; es un verdadero capullo de rosa.

Neklindoff sentía marchar porque comprendía que aquel amor le podía dar aun algún placer; pero, por otro lado, aquella marcha precisa le daba el modo de romper un lazo que quizá luego le retendría. Pensaba además, que era preciso darle dinero, no porque Katiuscha lo necesitara sino porque así lo hacen todos.

El día de la marcha, Neklindoff, después del almuerzo esperó á la chica en el corredor. Ella al verle quiso meterse aprisa en la sala de la servidumbre; pero él le cerró el paso.

—Quería decirte adiós,—dijo agitando nerviosamente en la mano un sobre que contenía un billete de cien rublos.—Quería...

Katiuscha comprendió, frunció las cejas y rechazó aquella mano.

—No...—dijo él y le deslizó el sobre por la abertura del corpiño. Luego, como si se hubiese pinchado, apartó la mano, fué corriendo á su cuarto y paseó con agitación lamentándose de aquella escena, como si un mal físico le atormentase.

—De todos modos ¿qué hacer? Sucede siempre así. Lo mismo hizo Schembok con la institutriz, mi tío Gregorio, y hasta mi padre ha tenido un hijo que vive todavía en Mitinka. Si así obran todos ¿por qué he de hacerlo yo de otro modo?

Así trataba Neklindoff de olvidar y ahogar sus remordimientos, más no lo conseguía. El recuerdo de su último coloquio con Katiuscha le oprimía la conciencia. Comprendía que había obrado con la crueldad de un villano, con la villanía de un sér pervertido; era absurdo creerse aún bueno y noble y honrado. No sabiendo cómo arreglárselas tomó el partido de olvidar. Y así lo hizo.

La nueva vida, los amigos, la guerra, le ayudaron á olvidar. A medida que su vida se hacía más activa, el recuerdo se perdía más y más. Al cabo desapareció del todo. Sólo una vez, cuando acabada la guerra fué á ver á sus tías y supo que Katiuscha había sido arrojada poco después de su marcha, que había tenido un niño y que después la tragó el abismo por completo, sintió oprimirse el corazón. Calculando el tiempo, pensó que aquel hijo era suyo. Cuando sus tías afirmaron que la muchacha tenía una naturaleza depravada como su madre, esto lo oyó con placer, porque le parecía que disminuía su culpa. Hubiese querido ver de nuevo á Katiuscha y al niño; pero sentía hartos dolor y harta vergüenza, y no dió ningún paso para

saber su paradero, así olvidó la propia culpa, y lo olvidó todo.

Ahora, por una extraña combinación, todo lo pasado resucitaba, y se veía forzado á reconocer su crueldad, su falta de corazón, que le habían permitido vivir diez años tranquilamente, cargada su conciencia de tan enorme y grave peso.

Pero estaba lejos de querer declarar públicamente su culpa, de hacer á los otros la confesión que á sí mismo se hacía; temía ahora que la Máslova ó su defensor revelasen aquel pasado y su vileza apareciese patente á los ojos de todos. Y esto le preocupaba.

XIX

En la sala de las deliberaciones los jurados seguían fumando y esperaban. El comerciante de la cara pálida aprobaba plenamente el modo cómo Smielkov había pasado el tiempo.

—¡Hé ahí uno que ha gozado por lo menos! ¡Era un verdadero siberiano! ¡Y qué buen bocado pescó!

El jefe del jurado observaba que todo dependía del peritaje médico. Pedro Gerassimovitch bromeaba con el dependiente hebreo y ambos reían á carcajadas. Neklindoff,

sumido en los recuerdos de lo pasado, respondía con monosílabos á los que le preguntaban, y parecía pedir que le dejaran en paz.

Cuando el relator entró á decir que de nuevo debían entrar los jurados en la Sala, Neklindoff experimentó un sentimiento de terror, como si en vez de ir á juzgar, debiese ser él juzgado.

Sentía ya íntimamente ser un vil, indigno de mirar á la cara á los hombres; pero aun tomó asiento con desembarazo en la primera fila de jurados, puso una pierna sobre otra y jugueteó con los lentes.

Los acusados entraron también de nuevo.

Había en la sala nuevos personajes: eran los testigos. Neklindoff observó que la Máslova no apartaba los ojos de una mujer gruesa que estaba en primera fila con un traje llamativo y un gran lazo en la cabeza. Supo en seguida que era ama de la Máslova.

El presidente empezó el interrogatorio de los testigos, preguntando las generales de la ley. Luego entró aquel mismo cura que arrastraba los piés; y con la calma y la seguridad de siempre, hizo prestar juramento á testigos y peritos. Luego los primeros salieron y únicamente quedó en la sala la Rosanov, la celestina.

Invitada por el presidente á decir cuanto supiera del delito que se perseguía, la Rosanov con acento melifluido y marcadamente alemán hizo una relación detallada de lo ocurrido, alargando el cuello y moviendo la cabeza á cada palabra.

Fué á su casa Simón, el criado de la posada para llevarse á Linbascia. (1) Luego, al cabo de unas horas, la muchacha volvió con el mercader que ya estaba «en éxtasis.» La Rosanov recaló mucho esta palabra y continuó:

—En mi casa volvió á beber, pero habiéndosele acaba-

(1) Diminutivo de Linbka.

do el dinero, envió para tomar de la posada á esta misma muchacha, que era su «preferida.»

Y señaló á la acusada.

Parecióle á Neklindoff que la Máslova sonreía, y aquella sonrisa le pareció abominable y despertó en su alma un sentimiento vago, extraño, mezcla de repugnancia y de conmiseración infinita.

—¿Qué opinión tenéis formada de la Máslova?—preguntó el defensor de la muchacha ruborizándose, porque era la primera vez que subía á estrados.

—Muy buena opinión; es una muchacha muy instruida y *chic* educada en el seno de muy buena familia y que sabe leer el francés. Quizá bebía demasiado; pero jamás la he visto embriagada por completo; es verdaderamente una buena chica.

Katiuscha miraba á la mujer, después volviéndose hacia los jurados fijó su vista en Neklindoff, y su rostro tomó una expresión grave y severa. El veía aquellos ojos negros, un poco bizcos, de pupilas centelleantes y luminosas, y por más que le inspiraban terror no podía dejar de mirarlos. Recordó entonces aquella noche pavorosa, la niebla, el hielo que crugía y luego aquel rayo de luna que había iluminado una visión sombría y terrible. Aquellos ojos negros que se fijaban en él y en torno de él, le recordaban aquella vision pavorosa.

—Me ha reconocido,—pensó, y como bajo la amenaza de un golpe se acurrucó en su sillón.

Pero la Máslova no lo había reconocido. Lanzó un suspiro tranquilo y resignado y volvió á mirar al presidente. A su vez suspiró Neklindoff.

—¡Si acabaran pronto!—pensó.

Experimentaba igual sensación que cuando cazando se veía precisado á matar algún pajarillo herido que revolviéndose en el morral, le inspiraba lástima, piedad y sobre todo el deseo de terminar pronto para olvidar.